

Rafael Cabrera Méndez.

ATISBO DEL MATRIARCADO

PRIMERAS VISIONES ARBITRARIAS

LA existencia de estados femeninos o de pueblos en que la mujer ostenta sorprendente predominio sobre el hombre ha sido, desde los antiguos autores helénicos, objeto de las más reiteradas y diversas alusiones. Siempre hubo hechos notorios que las autorizaran, pero, a decir verdad, no se les concedió sino hasta hace poco tiempo mirada atenta y reflexiva interpretación. Lo demás ha sido exageración proveniente de los prejuicios de que se hallaban imbuídos los observadores, referencias fragmentarias o fantasía de viajeros triviales.

Véase, por ejemplo, la evidente incontinencia de las notas suministradas acerca del presunto pueblo de los *gager*, al sur del Egipto, por el misionero italiano Cavazzi, a mediados del siglo XVII. Según dichas notas, los *gager* estaban gobernados por reinas y habían recibido de una de ellas tal suerte de constitución y leyes que no parecían productos humanos sino *obra de una tigresa*. Las normas establecidas por esta soberana consistían en matar y devorar a los enemigos, en dar muerte a toda mujer que alumbrase en el campamento, a los varones recién nacidos, a los gemelos y a los débiles. En presencia de su ejército, ordenó descuartizar a su hijo, lo puso en un almirez

y, mezclados los trozos con aceites y hierbas, obtuvo un unguento destinado a asegurar su propia invulnerabilidad. Añade Cavazzi que algunas negras a quienes bautizó le aseguraron que esta costumbre de triturar a los hijos varones estuvo en boga durante muchos años. La misma reina prohibió el consumo de carne de mujer, mas los guerreros, que apreciaban esta vitualla sobre todas las cosas, burlaban la orden y se reservaban para sus festines buena cantidad de muchachas. La fidelidad de este relato es sobremañera dudosa, y su interpretación, para diagnosticar una ginecocracia, aventuradísima.

Los antiguos autores griegos brindan copiosas noticias sobre pueblos en que asoman rasgos semejantes. El primero de los historiadores, Heródoto, observa que en Egipto se hallaba todo invertido entre los dos sexos, de manera que la mujer corría con las actividades de fuera de la casa y el hombre desempeñaba los trabajos domésticos. Llega a dar, curiosamente, el dato de que incluso cumplían sus menesteres menores en postura inversa: las mujeres de pie y los hombres en cuclillas. De viaje en Licia, apunta que es éste el único pueblo en que rige la línea de sucesión materna.

Tienen — dice — una extraña costumbre, que no posee ningún otro pueblo: toman el nombre de la madre y no del padre. Pues si preguntamos a un licio quién es, nos dirá su estirpe por la línea materna, enumerando las madres de su madre.

Hacia la misma época de Jesucristo, Diodoro asegura que en la fórmula matrimonial egipcia el hombre jura obedecer a la esposa. Investigaciones recientes han corroborado esta noticia. Así, en uno de los más antiguos papiros descifrados, la mujer expresa al hombre en el contrato matrimonial:

Si te despidiera como esposo, por aborrecerte o por querer a otro más que a ti, te devolveré la mitad de tu dote y también una parte de cuanto adquiera contigo mientras estemos casados.

Un reflejo de esta preponderancia femenina hay en la evolución de la mitología egipcia, donde el papel inicial de Isis se sobrepone al de Osiris.

Estrabón habla de Libia y advierte asimismo la división invertida del trabajo: las mujeres en las faenas productoras y los hombres en los cuidados domésticos y la atención de los recién nacidos. Estos hombres eran muy afectos al adorno, usaban joyas, se recortaban las uñas con delicadeza y se ondulaban la barba y el cabello.

Son también numerosos los relatos de los griegos en que se alude a la existencia de pueblos guerreros de mujeres en Africa. Otro hecho que a menudo les llamó la atención fué el de la aparente promiscuidad en ciertos países. Ellos lo entendieron así y lo anotaron, no siempre sin gran vituperio y escándalo. Finalmente, la propia historia de Grecia muestra rasgos notables de valimiento femenino, así en su mitología como en algunas de sus leyes y costumbres.

Pero estos caracteres fueron mirados algunas veces con indiferencia y otras como casos puramente anecdóticos en los que se fundaron interpretaciones arbitrarias y parciales. Lo más común, entre los griegos, fué atribuirlos a decadencia o degeneración de los hombres.

EL ALBA DE BACHOFEN

El primer cambio importante de apreciación sólo viene a madurar en la segunda mitad del siglo último y está sostenido por el fundador de las investigaciones sobre derecho comparado, el jurista basileense Juan Jacobo Bachofen, en su libro *El matriarcado*, que vió

la luz en 1681. Bachofen reunió una enorme cantidad de antecedentes, recogidos con genial percepción en la literatura y la mitología greco-latinas, y fundó en ellos la teoría anunciada en el título de su obra. En virtud de esta concepción, los extraños hechos que hasta entonces habían sido causa de asombro o de mera curiosidad, se articularon en una interpretación general, convirtiéndose en los signos de una fase histórica común a todos los pueblos. Tal es el hallazgo de Bachofen, y aunque su teoría haya sido posteriormente modificada en la casi totalidad de sus aspectos, conservará él la fama ilustre de haber rozado, antes que nadie, la vaga isla problemática.

Según la hipótesis del matriarcado la humanidad vivió originariamente, en cuanto a la esfera sexual, lo mismo que los animales de manadas, en relación irregular, es decir, en estado de promiscuidad. Ello determina el primer tipo de familia, que es de línea materna, pues la paternidad es aún incierta o ignorada, mientras que la maternidad natural se hace evidente por el parto. En consecuencia, todos los pueblos han pasado en su comienzo por el estado de promiscuidad y, en seguida, por la familia materna, por el matriarcado. Este evoluciona luego hacia un acentuado predominio de la mujer, una soberanía que pone en manos de la madre la autoridad de la familia y del Estado y cuya naturaleza es, para Bachofen, absolutamente positiva.

La fase matriarcal es, según comprueba el sabio basilense, una época de recios instintos elementales, presidida por fantásticos símbolos, por espíritus y demonios, e incluye una cultura cthónica, vuelta hacia la tierra, que tiende, como las raíces, a penetrar

en ella (1). Se adora a ésta bajo la forma de Deméter y otras diosas omnimaternas. Más tarde comienza el aparecimiento y triunfo de mitos y dioses que representan el predominio masculino y anuncian la preeminencia de la luz solar y de la razón sobre las tinieblas y los instintos.

La obra de Bachofen produjo gran impresión y originó una corriente de ideas e investigaciones que, no obstante haber hecho ya considerables avances, está lejos de agotarse. Sus ideas fueron adoptadas, entre otros, por el norteamericano Lewis H. Morgan, de cuyo libro *La sociedad primitiva* pasaron al de Federico Engels sobre el *Origen de la familia* y a casi toda la literatura socialista contemporánea, atenta a la divulgación de antiguas formas de sociedad comunistas.

LA APROXIMACIÓN OBJETIVA

Sin embargo, la hipótesis del matriarcado surgía lastrada por las inevitables limitaciones de las disciplinas históricas en aquella sazón del siglo XIX. El jurista basilense había procedido en sus trabajos mediante el auxilio primordial y casi exclusivo de la filología clásica. Y aunque es un hecho formidable la densidad de la idea que extrajo de ella, su intuición no excedió el repertorio de referencias grecolatinas y hasta compartió algunas de sus interpretaciones, que la indagación posterior vino pronto a rectificar.

(1) En su teoría de los círculos culturales y en diversos trabajos como *Matrimonio y matriarcado*, León Frobenius ha conducido esta insinuación a un agudo desarrollo, aportando sugestivas ideas y curiosos datos a la confrontación del carácter cthónico del matriarcado y, según su expresión, el telúrico patriarcal. El libro de Krische contiene una sinopsis de cuanto en ellos se refiere a esta materia. (Pablo Krische, *El Enigma del Matriarcado*.)

Una bella glosa del mismo tema se encuentra en *Oknos el soguero*, artículo de José Ortega y Gasset inserto en *Espíritu de la letra*.

Era necesario que nuevas disciplinas y la etnología, con su nuevo desarrollo, aportasen su contribución al esclarecimiento del problema entrevisto por Bachofen. Es, en efecto, un etnólogo, E. Westermarck, quien insinúa, veinte años después de la publicación de *El matriarcado*, las primeras rectificaciones de hechos a la interpretación sostenida en aquel libro.

Westermarck, en cuya *Historia del matrimonio* ha encontrado Bertrand Russell abundante información para su libro *Vieja y nueva moral sexual*, realizó investigaciones directas y, apoyado en ellas, formuló la conclusión de que, entre los pueblos primitivos, se muestran en más o menos igual número los que sólo reconocen la procedencia materna de los hijos y los que admiten su procedencia paterna. Comprobó, por ejemplo, que en algunos pueblos primitivos de Nueva Gales del Sur se creía resueltamente que el hijo procede sólo del padre y que la madre no hace más que sustentarlo. Esta averiguación era de una exactitud innegable, mas no tenía por sí misma bastante peso para derribar la sospecha de que, efectivamente, la humanidad había atravesado por una época en que la contribución paterna al advenimiento de los hijos era desconocida. Por una parte, confirmaba la idea de Bachofen, por otra reducía sus probabilidades.

La cuestión ha venido prolongándose hasta nuestros días, y aun ahora hay quienes consideran que no existe pueblo alguno que ignore el hecho de la paternidad, si bien la opinión contraria es la más unánime y se basa en fundamentos ofrecidos por pueblos actuales de cultura primitiva. Así Malinowski, a quien se deben muy útiles investigaciones sobre los naturales de la isla de Trobriand, ha constatado que estos hombres ignoran que cada persona tenga un padre. El ya citado libro de Bertrand Russell adopta varias noticias proporcionadas por Malinowski. Para el tema

que nos ocupa, hay estas dos que poseen particular elocuencia: Si, al regresar de un prolongado viaje, un hombre se encuentra con que su mujer tiene un recién nacido, eso es para él motivo de gran alborozo; pueden los europeos hacerle cuantas alusiones picarescas deseen sobre la virtud de su compañera, pero se dan cuenta invariablemente de que no son comprendidas. El dueño de una valiosa raza de cerdos castró a todos los machos sin creer, de ningún modo, que con tal procedimiento destruía la casta.

Se ve, pues, que si bien las objeciones de Westermarck restringían en cuanto a ese punto la hipótesis del matriarcado, no la afectaban esencialmente, porque carecían de valor general y definitivo. La ignorancia de la paternidad quedaba siempre reconocida en ciertos pueblos, y éste era un indicio que permitía suponerla inherente a alguna fase del desenvolvimiento humano. Lo que hay es que aquellas objeciones inauguraban una disposición nueva, nuevos métodos, nuevos instrumentos para atacar el problema, y anticipaban la próxima superación total de Bachofen.

Los trabajos que se efectúan desde entonces son cada vez más directos y más rigurosos. Se opera principalmente examinando la vida de los pueblos que se hallan en fases de cultura inferiores. Etnología, sociología, psicología unen su contribución y llevan el problema a una instancia que no es todavía la solución íntegra, pero que goza ya de indiscutibles soluciones parciales y ha puesto a un lado los errores de la teoría original. La enorme suma de material y observaciones que se ha acumulado desde Bachofen hasta hoy ha servido a Pablo Krische para hacer la más completa y sugestiva exposición que del asunto se ha formulado hasta el presente (1).

(1) Pablo Krische, en colaboración con María Krische: *El Enigma del Matriarcado*. Edición de la *Revista de Occidente*. 1930.

DOS DÉRROTAS: PROMISCUIDAD Y PRIMITIVISMO

Ahora bien, el matriarcado, en cuanto se atenía a establecer la procedencia exclusivamente materna de los hijos, era para Bachofen tan antiguo como el género humano. Vinculaba esta concepción a su creencia en el estado de libre promiscuidad de la vida humana primitiva. Esta idea de la promiscuidad originaria parecía confirmada por numerosas noticias de los autores griegos que dan cuenta de pueblos en los cuales, según ciertas apariencias, existía comunidad de mujeres y se practicaba la relación sexual libre y públicamente. Semejante observación indujo a los griegos a pensar que tales pueblos se hallaban en un grado muy primitivo de barbarie. Acerca de este punto, Bachofen ya está rectificado. La etnología desconoce hoy, de un modo absoluto, la promiscuidad, incluso entre los primitivos inferiores. Las noticias de los griegos y su interpretación sobre aquellos hechos son equivocadas y pueden referirse bien a prácticas de poliandria, bien a cultos eróticos que suelen encontrarse después hasta en pueblos patriarcales superiores.

Entre los pueblos donde los griegos creyeron ver rasgos de promiscuidad, figura el de los escitas. Las excavaciones practicadas en el que fué su territorio comprueban terminantemente el alto desarrollo de su cultura y desautorizan las versiones griegas concernientes a su barbarie. Por último, Bachofen asimilaba la promiscuidad del hombre primitivo a la vida sexual de los animales de manadas. Hoy es una evidencia el que la promiscuidad entre éstos no existe.

Desechada la hipótesis de la promiscuidad, queda reducida de manera ostensible la concepción del matriarcado como institución primaria. Pero todavía subsiste. El hecho de que no haya promiscuidad no

descarta absolutamente el reconocimiento exclusivo de la sucesión materna. La unión sexual no tuvo en aquellos tiempos relación alguna con la descendencia y no poseía otro sentido que el de su placer. Como ya hemos visto, se ignoraba la paternidad, mientras el parto imponía el acatamiento del hecho maternal y, por tanto, la línea de sucesión materna.

Sin embargo, no está demostrado que, en efecto, ocurriese así, aunque la primera conciencia que surgió después de las nociones puramente místicas sobre la procedencia de los hijos, fué sin duda la de atribuirlos a la madre. Aquí intervienen las investigaciones hechas entre pueblos que hoy viven en estado primitivo, y principalmente las de Enrique Cunow sobre los aborígenes del continente australiano. Ellas verifican que la línea de sucesión femenina sólo aparece en un grado de evolución relativamente alto, cuando la horda primitiva ha sido superada y se alcanza la sazón de las ligas totémicas. Antes de eso, la horda era indiferente a toda imputación de los hijos. Pero en la horda mandan los hombres, que poseen en la caza el agente económico primordial, y unen a éste la fuerza. La descendencia se atiende entonces a la línea de horda: por tanto, a la línea paterna. En este sentido ha sido posible decir que el patriarcado precedió al matriarcado. Sin embargo, este que vemos no es un patriarcado positivo. Sólo que permite constatar que originariamente no hubo, en rigor, ni matriarcado ni patriarcado.

¿Pero es que de la obra de Bachofen no va a subsistir nada? Sí; desde luego, dos cosas muy importantes: su genial intuición de una época de valimiento femenino con su cultura específica y la pista espléndida de sus errores. Con el solo hecho de reconocer éstos como tales, la ciencia reciente ha realizado una tangible adquisición.

La época matriarcal ha existido indudablemente

en casi todos los pueblos, si bien no se demuestra todavía que tal época constituye una fase necesaria y general en todo proceso histórico. Bachofen vió esta época y sus caracteres a través de la literatura y la mitología greco-latinas. No disponía de otro material ni de la posibilidad de observaciones directas aprovechada más tarde. Erró en parte de su interpretación, pero puso el pie en la tierra desconocida. No obstante, hay algo en que Bachofen practicó una labor que permanece intacta: es la identificación de los rasgos matriarcales en las leyendas, en los mitos y en la mayoría de los relatos antiguos.

FILIACIÓN DIRECTA DEL MATRIARCADO

Uno de los más urgentes trabajos de los nuevos investigadores había de consistir, como es lógico, en la filiación de la época matriarcal, esto es, en la exploración y reconocimiento de sus caracteres propios. La iniciativa de semejante estudio ha correspondido a M. y M. Vaerting, a la publicación de cuyo libro se debe en gran parte el enorme interés despertado en el último tiempo en torno a Bachofen y su teoría. Sus conclusiones se hallan fundadas en el examen directo de pueblos que ahora viven su fase matriarcal o conservan acusados restos de ella.

En primer término, establecen que las peculiaridades psíquicas que hasta hoy se han estimado como características de la mujer no aparecen, en sus líneas principales, sino condicionadas por el estado de predominio masculino. Bajo el estado de predominio femenino, estas peculiaridades pasan al hombre.

El rasgo inicial del matriarcado es la línea de sucesión materna. Lo cual significa que los hijos se atribuyen a la madre y al clan materno, y que se rechaza todo parentesco de aquellos con los padres. Junto a

la propiedad común del clan, germina el derecho de propiedad como prerrogativa de las mujeres. La herencia se promueve de la madre a los hijos, pero de manera especial a las hijas, y los rangos y títulos de un caudillo son heredados no por sus propios hijos, sino por los hijos de su hermana.

A estos signos añaden los Vaerting una serie de notas complementarias llenas de gran interés. Veamos algunas. Miran primero el orden sexual. En este fondo primario donde operan los impulsos elementales, la mujer desempeña el papel solicitante e imperativo, practica la poliandria y exige al hombre obediencia y castidad matrimonial. Puede repudiarlo, castiga su adulterio y estima grandemente su pureza antes del matrimonio. No hay diferencia de consideración en esta época entre el hijo legítimo y el natural, pues a la mujer le basta la documentación del parto. Dueña de su cuerpo, ella ejercita el derecho de actuar sobre sí misma, destruyendo, si lo desea, la vida en germen. Bajo su signo, el ideal de belleza es el hombre, y éste alcanza a convertirse en objeto sexual, justamente a la inversa de lo que ocurre en el estado masculino. De aquí nacería el culto fálico en el primer caso, mientras el de Venus es típico del segundo. Este régimen sexual determina probablemente la circuncisión de las niñas, costumbre muy extendida donde quiera que domina el matriarcado o perduran de él restos profundos.

Como ilustración de estas notas, cabe recordar las referencias aportadas por diversos investigadores—Charles Brooke, H. Ploss, Miklucho-Maclay, etc.—, acerca de las costumbres sexuales en numerosos pueblos del sur asiático y de las islas de Oceanía. Se apunta en ella la frecuente deformación genital masculina obligada, como medio de aumentar el placer exigido por el otro sexo. Es verdad que esto representa situaciones extremas, bajo un clima cálido y

en un medio en que la naturaleza se da con exuberancia e incita a las densas pasiones. Bien opuesto es, en cambio, el paisaje sexual de las tribus matriarcales norteamericanas.

En la esfera social, los Vaerting indican como peculiaridad del matriarcado el comunismo económico dentro del clan. Pero en cuanto emergen las ideas de propiedad, la mujer asume su derecho exclusivo. Esta adopta asimismo las ocupaciones de fuera de la casa, en tanto que los cuidados del hogar quedan a cargo del hombre. El predominio femenino se refleja también sobre la estimación de los recién nacidos. El advenimiento de las niñas es siempre recibido con alborozo; el de los varones con indiferencia y alguna vez con desencanto. Si sobrevienen tiempos de penuria económica, y hay que apelar al abandono o al sacrificio de las criaturas, sólo perecen los hombres.

En cuanto a los cargos públicos, parece ser que ni en las sociedades matriarcales existentes, ni en las históricas han estado de modo exclusivo en poder de las mujeres. Pero éstas han conseguido notable influencia en los asuntos generales. Suele encarnarse dicha influencia en el hermano de la madre, el «avunculado», caso de representación genuinamente matriarcal. Este fenómeno y otros análogos hacen a Malinowski advertir que la mujer continúa la línea de descendencia, pero que los hombres de la línea femenina la representan en cada generación. Para Frobenius, el avunculado es una forma matriarcal atenuada.

Si ahora pasamos a la consideración de los caracteres físicos, nos encontramos con que ellos están determinados en cada sexo por sus actividades predominantes. El que tiene a su cargo los trabajos más ásperos de la producción se endurece, se hace más vigoroso y tiende a simplificar su exterioridad y su indumentaria en beneficio de una mayor desenvoltura. Tanto acontece así a la mujer del matriarcado,

que llega a igualar y aún a superar al hombre en fortaleza. Contrariamente, el sexo que no participa en la faena productora se debilita, se ablanda, se vuelve delicado. Al mismo tiempo, disfruta de más sosiego y puede vacar a su intimidad y su contemplación. De tal modo ocurre esto entonces al hombre, que, concordando con su papel de objeto de pretensión amorosa, no sólo representa el ideal de belleza, sino que se subyuga al deseo de seducción, busca el adorno y el afeite y ambiciona vestidos cambiantes y sensuales.

Entre tanto, la inteligencia es atribuída preferentemente a la mujer. En los pueblos guerreros es además la depositaria del valor y se muestra como amazona o caudillo. Sin embargo, en su dominio, la vida es lo máspreciado, y en consecuencia parece digno de estimación el temor de morir. Bajo el signo del hombre, el hecho se trastorna: es afrentoso temer a la muerte.

Por fin, asoma el influjo del matriarcado en la esfera religiosa. Las mitologías se pueblan de deidades y demonios femeninos. En general, la formación de los mitos es lenta. Aquí se incorporan, pues, tardíamente. Por las mismas razones es también largo el proceso de su desaparecimiento, y sus vestigios perduran en no pocas religiones hasta mucho después de haber triunfado los dioses patriarcales.

EL CLIMA PSICOLÓGICO PREMARIARCAL

Hemos visto ya que el matriarcado no es una institución primaria, anterior al patriarcado, pues antes que aquel existió la horda dominada por el hombre y regida por la sucesión común masculina. La filiación suministrada por los Vaerting viene a corroborarlo, puesto que sus caracteres denuncian eviden-

temente una circunstancia de cultura más alta que la que pertenece a la horda. La mujer alcanza en este momento una situación general que antes no tenía y que, en no pequeña parte, suponemos fué hasta entonces prerrogativa del hombre.

¿Cómo logra esta conquista, la primera gran conquista de la historia y acaso el único suceso que en ella no ha vuelto a producirse?

Hasta aquí han podido notarse algunos factores que, sin duda, favorecieron ese resultado: ignorancia o incertidumbre de la paternidad, exclusivo reconocimiento de la madre. Mas todos ellos carecen de vigor para determinarlo y aun en su conjunto son insuficientes.

La hipótesis hasta hoy más satisfactoria y rica en soluciones se sitúa en el campo sociológico y parte de una interpretación esencialmente económica. Cunnow, Muller-Lyer, Eildermann han contribuído a ella. Pablo Kriche hace notar, con acierto, que esta hipótesis económica no alcanza tampoco a proporcionar un entero esclarecimiento de los hechos, y le propone un complemento psicológico que, a nuestro juicio, es de gran interés y eficacia porque aspira a reconocer el clima espiritual en cuyo seno va germinando el matriarcado. Conviene que nos aproximemos a él primeramente.

El hombre primitivo siente el sobresalto de su vida en medio de un mundo mágico. Las fuerzas que operan a sus ojos no entrañan sino una explicación demoníaca, y los poderes misteriosos están siempre al acecho, promoviendo el perpetuo terror, incorporados en las cosas y en los animales. Todo lo que acontece es obra suya. Los hijos también, los cuales advienen por penetración de los demonios en las mujeres. Bajo el régimen del clan, la fecundación suele ser realizada por el demonio imperante, el *totem*, animal nutricio erigido en antepasado de la tribu.

Si añadimos a lo anterior la consideración de que la mujer es herida periódicamente por los demonios y mana, a causa de ello, sangre, llegaremos a la idea de que aparece desde el principio en directa relación con los poderes sobrenaturales. Dentro del hogar guarda el fuego, elemento sagrado, se ocupa en mantener gratos a los dioses benéficos, les tributa ofrendas más regulares y fieles que el hombre y vela por la educación religiosa de la familia. Todo lo cual crea en torno suyo un respeto temeroso que, partiendo de los objetos de su culto, acaba por transferirse a ella misma.

Sin embargo, su exaltación moral más perdurable y profunda proviene de su maternidad, de llevar en su seno la posibilidad de nuevas vidas, sean cuales fueren sus orígenes, de dar, en fin, hijos a quienes trasmite su sangre y, con ésta, su alma, puesto que la sangre es el asiento del alma. Nace con ello el concepto de identidad entre madre e hijo, fecunda noción que después ha de apropiarse para sí solo el hombre. Tanto es el valor de esta dignificación, como lo observa Krische, que aquella época no creó, en rigor, un Estado de mujeres, ni un derecho femenino, sino un matriarcado.

DESPLAZAMIENTO DEL PODER ECONÓMICO

La mujer encarna por naturaleza una tendencia conservadora y sedentaria. Pues bien, vamos a encontrarnos en seguida con la más imprevista paradoja. Esos dos gravámenes contra todo lo que gira, cambia y evoluciona, esas dos formas de inercia, constituyen los resortes de la innovación más dinámica y fecunda de la historia.

En este punto del proceso humano, el hombre está en la fase superior de los pueblos cazadores y su exis-

tencia es todavía precaria y errante. Pero mientras para él tal forma de vivir no ofrece contradicción alguna con su naturaleza, para la mujer tiene graves impedimentos. Propende, pues, ella a lo estable y procura la vida sedentaria. Poco a poco la va conquistando hasta convertirse en la base fija de la familia. A la vez, acentúa la importancia de lo doméstico frente al hombre, que sigue vagando en empresas de caza o de guerra. Nótese que de esta manera queda incorporado a la historia el principio de estabilidad, de raíz conservadora, pero sin el cual no hay soporte para la ingente evolución que luego ha de comenzar.

El sedentarismo y la domesticidad intensifican la comunicación de la mujer con la tierra y sus productos. Está vigente una división del trabajo entre los sexos por la que el hombre suministra los alimentos de origen animal y la mujer los vegetales. Existe ya, en consecuencia, un rudimento de agricultura que nace y se desarrolla en las manos femeninas.

Ahora, los productos de la caza no son inagotables. Ya las primeras organizaciones totémicas cuentan con la extinción o la fuga de las distintas especies animales. La fortuna del cazador se vuelve de más en más difícil e incierta, hasta el punto de que no podría fundarse en ella la común subsistencia. El fruto agrícola, en cambio, es constante y seguro. Cultivado por la mujer, suple las faltas y previene los azares de la caza. Luego suplanta a ésta y asciende al rango de elemento económico de dominio.

Es así cómo la preponderancia se trasmite a la mujer, que pasa a constituir el centro de la sociedad y a valer como árbitro de su bienestar. El hombre queda rezagado, preterido, en posición subalterna y, según la expresión de Müller-Lyer, gira en torno de la mujer como un planeta alrededor del sol.

Acaba de efectuarse propiamente el advenimiento de la agricultura, y con él se ha cumplido el tránsito

de la vida vagabunda a una existencia estable y creadora, instaurada por el alma y la mano femenina. Este es el matriarcado que, aunque de efímera duración, porque el hombre recobra no mucho después su preeminencia, mueve en la historia un cambio trascendental, representa todo un ciclo típico de cultura, algunos de cuyos rasgos están aludidos en las páginas precedentes, y confía al espíritu de la humanidad las primeras enseñanzas eternas.

SUMARIO MARGINAL DE AMÉRICA

A manera de apéndice para estas notas generales, cumple decir que al estudio de las fases históricas en que se da el matriarcado o quedan vestigios suyos muy próximos, América ha ofrecido una tierra fecunda, llena de sugerencias y comprobaciones. No escasa porción de los trabajos que autorizan las hipótesis hasta hoy más considerables se ha realizado en ella. Las investigaciones de Morgan, que vivió entre los últimos iroqueses, de Lafiteau, Buschan, Ehrenreich, Dengler, etc., han sido de gran valor para el progreso fundamental del tema.

Hasta época muy reciente había en la América del Norte tribus de organización matriarcal, como las del Missouri, las de la famosa Liga Iroquesa, los algonkines, a cuyo dialecto ovschiwue pertenece la palabra *totem*, y casi todos los aborígenes de la costa atlántica, desde los grandes lagos hasta el Golfo de Méjico. Aun quedan de ellas algunos restos. Dominaban en estos grupos la línea de sucesión materna, el comunismo del clan o la propiedad como derecho femenino, el consejo de las mujeres en los asuntos públicos, la inversión del trabajo entre los sexos y muchos otros detalles típicos del matriarcado. Morgan alcanzó a constatar el comienzo de la transición

hacia el patriarcado: el hombre va incorporándose al cultivo de la tierra, cuyo desarrollo, con la roturación de nuevas extensiones, requiere mayor esfuerzo físico. Así surge su propiedad particular, que termina por sobreponerse a la comunidad del clan, y se establece la herencia directa de padres a hijos.

En Sud-América hay huellas de antiguas situaciones matriarcales y pueblos indígenas que las tienen todavía en vigor. Tales son los que, entre el Orinoco y el Madeira, desde el río Negro hasta los Andes, pertenecen a las familias lingüísticas tupí, caribe y aruak. En análogas circunstancias están los paumari, del Brasil. Recuérdese asimismo las mujeres belicosas del Amazonas, las que, por los menos, encarnan un rastro de valimiento femenino.

En su mayoría, las tribus restantes de las tres Américas muestran más bien caracteres correspondientes al tránsito del matriarcado al patriarcado, en el cual va el hombre recuperando predominio y la mujer perdiendo el que disfrutaba. Entre ellas se ha observado el hecho muy peculiar de la *covada*. Consiste en que, después del parto, la mujer se levanta y reanuda sus actividades habituales, y en cambio el hombre la sustituye en el lecho, se hace como quien dice e enfermo, recibe cuidados y permanece sujeto a ayuno y a diversas prohibiciones durante un tiempo que suele pasar de seis meses. Es común que se le dé además una paliza o una carga de arañazos. Este añadido se distingue principalmente en América. La explicación de semejante costumbre no es hasta la fecha algo resuelto, aun cuando su ubicación en el período de tránsito es indudable. Existen, en verdad, muchas interpretaciones, desde aquellas que la consideran una maniobra para engañar a los demonios de la fiebre puerperal o un síntoma de la creciente conciencia paterna, hasta la clave psicoanalítica de Reik, que parte de la concepción de Freud sobre el

parricidio primitivo. Otro fenómeno que también se reproduce en nuestra América y parece inherente al lapso de tránsito es el lenguaje secreto femenino. Ante el aumento de poder de los hombres, las mujeres habrían formado sociedades de resistencia que empleaban un vocabulario propio. Como el anterior, este rasgo suscita gran variedad de juicios; pero la exposición de aquéllos y éstos no cabe en el propósito de este trabajo que ha de contentarse con su sola referencia.

En cuanto a las culturas primitivas americanas, las de Méjico y el Perú, hay poco que apuntar: la vaga insinuación de Tlasolteotl, diosa de las cosechas, y la leyenda lacustre de Bachue, madre de los dioses y los hombres convertida más tarde en serpiente (Krickeberg).

ENTRE LOS ARAUCANOS

La generalización que hemos hecho sobre pueblos autóctonos de América en período de tránsito al patriarcado vale también para los araucanos. Lo confirma don Ricardo E. Latcham (1), quien sostiene que, a la llegada de los españoles, aquellos reconocían la descendencia por línea materna. Los trabajos del señor Latcham corroboran a la vez el rechazo de la promiscuidad y la vigencia de numerosos impedimentos sexuales basados en la consanguinidad materna. El incesto que escandalizaba a los españoles no era tal para los araucanos, quienes tenían vetos sexuales, pero fundados en una noción matriarcal del parentesco. La herencia se promovía igualmente a los hijos de la madre o a sus parientes más próximos por línea materna. Así se dió la coyuntura de que Bartolomé Flores, compañero de Pedro de Valdivia, se casara

(1) Ricardo E. Latcham, *Organización social de los araucanos*.

con la hija mayor del cacique Talagante y que ésta heredase de su madre una enorme extensión de tierras.—Lector, acojámonos aquí al leve recreo de una anécdota: Agueda, hija de esa unión, casó a los veintitrés años con don Pedro Lisperguer. Catalina, hija de éstos, contrajo matrimonio con don Gonzalo de los Ríos. Viene así al mundo doña Catalina de los Ríos y Lisperguer. ¿Qué atavismos de dominio reviven desatadamente en la *Quintrala*, bisnieta de una cacica y un aventurero?—Matrimonios parecidos al de Bartolomé Flores, en los cuales fundaban los españoles ciertos derechos de propiedad, hubo varios. Junto a estas prerrogativas, la mujer tenía alguna participación en la faenas productoras, y hoy mismo la tiene en las actividades agrícolas si bien contribuyen a determinarla factores ajenos a toda huella matriarcal. Sin embargo, según ya hemos dicho y como debe deducirse de su comprobada poligamia, la situación de los araucanos no correspondía propiamente al matriarcado sino al tránsito que le pone fin. Uno de los resortes inmediatos de tal cambio ha sido expuesto por el señor Latcham en la obra ya aludida. Aunque la tierra estuviese cultivada por el hombre, pertenecía al grupo de la madre y la heredaban sus hijos. Pero lentamente fué estableciéndose el principio de que los bienes muebles y los animales adquiridos por el padre podían ser heredados por sus hermanos. De esta manera se originó una división de la riqueza, la que indujo al hombre a cultivar tierra propia y a llevar a ella sus mujeres mediante robo o compra. La innovación no puede ser más grave: la mujer se vuelve propiedad del hombre y la herencia empieza a pasar del padre a los hijos. Con todo, subsiste aún la filiación materna, dándose de tal suerte una contradicción que el señor Latcham consigue aclarar como característica de este momento en que aparecen for-

mas nuevas y no acaban de extinguirse las preexistentes.

En general, los grandes rasgos del matriarcado y sus fases vecinas surgen sin mucha diversidad en casi todos los pueblos. No es aventurado pensar que en el araucano se hayan repetido también, y ello está verificándose con las indagaciones más sutiles y precisas del último tiempo. Ni es una casualidad el que, por ejemplo, Heródoto, hace unos dos mil cuatrocientos años, advirtiese la costumbre de la covada en pueblos del Africa, que mil setecientos cincuenta años más tarde la encontrase Marco Polo en la China y que las investigaciones modernas la descubran asimismo entre los primitivos de América.